

nemigos, el sueño le había parecido el más difícil de vencer. Sin embargo, la santa triunfó de él, y Rosa, usando de los mismos medios obtuvo un éxito semejante. Cuando lo vió al fin sometido á su voluntad, distribuyó su tiempo de la manera siguiente: de las veinticuatro horas del día, consagraba doce á la oracion, diez al trabajo de manos, y dos al sueño y á las otras necesidades corporales. Por lo demás, no le costó poco trabajo el poder permanecer fiel á este arreglo, porque el demonio no perdonó nada para hacérselo imposible; si quería recitar maitines, no podía leer porque sus ojos estaban oscurecidos: cuando quería hacer oracion no sabía qué postura tomar, pues si se ponía de rodillas cerrábansele los ojos á pesar suyo, como si fuesen de plomo; si se mantenía en pié, veníanla unos vértigos que la hacían caer al suelo; si se postraba en tierra con los brazos en cruz, se dormía inmediatamente. Avergonzada de encontrar tanta resistencia en un enemigo tan despreciable, imaginó hacerse una nueva arma que la hizo al fin salir victoriosa: habiendo mandado hacer una cruz de un tamaño un poco más grande que su estatura, y cuyos brazos estaban provistos de dos clavos capaces de resistir el peso de su cuerpo, la enderezó contra la pared, y cuando quería hacer oracion durante en

la noche, se ponía suspendida allí por todo el tiempo que duraba este ejercicio. Desde entónces ya no tuvo nuevos combates que sostener contra el sueño, pues este enemigo quedó vencido, y vencido por la cruz, como lo había sido el demonio que lo suscitaba.

#### CAPÍTULO IX.

##### Amor de Rosa á la soledad.

Cómo huía de las conversaciones. Hace una celda en la casa de sus padres.

Durante la infancia de Rosa, las niñas de la vecindad venían muchas veces á jugar á su casa, y la estrechaban vivamente á tomar parte en sus diversiones inocentes; pero había en ella demasiada madurez para poder acomodarse á estas niñerías. Después de muchas tentativas inútiles, creyeron encontrar un medio de asociarla á sus placeres, proponiéndole jugar á las muñecas: al efecto, cada una toma la suya, y llegan muy contentas y alegres á visitar á nuestra santa niña: allí trabajan como á porfía en adornar sus muñecas, y se las enseñan para estimularla á seguir su ejemplo; mas viendo que Rosa ni aun se mueve, le preguntan en donde está la suya. Rosa responde que no tiene ninguna, ni quiere tenerla, y rehusa aún

el tocar las de sus compañeras, porque dice que son ídolos en los cuales hace su habitacion el demonio y aun habla algunas veces por ellos; por lo cual se vé que había oído hablar de los ídolos del paganismo. Poco despues se retiró y fué á ocultarse en un rincon de la casa para vacar allí á la oracion; su hermano, viendo que no volvía, corrió á buscarla y le preguntó cómo podía preferir esta soledad á los juegos inocentes de sus amigas. "Es, le respondió ella con una prudencia superior á su edad, porque Dios está aquí conmigo, y no estoy segura de encontrarle igualmente entre las muñecas."

Este amor de la soledad iba creciendo en ella á medida que avanzaba en edad; pero conociendo bien que Dios no la llamaba al desierto, buscaba un medio de vivir como ermitaño en la casa de sus padres. Paseándose un dia en el jardin, llamóle la atencion una calle de plátanos que se elevaban á lo largo de una de las paredes. Una celdita en este lugar cubierto y apartado sería á propósito para mí, se dijo á sí misma. ¿Pero quién me la construirá? Despues de un momento de reflexion, fué á buscar á su hermano Fernando y le pide este servicio: Fernando, que amaba á su hermana, se pone inmediatamente al trabajo, planta unos postes, los ata con varas flexibles unos contra otros,

y así quedaron hechas las paredes: luego, bajó sobre esta cabaña las ramas de los plátanos y las dispuso de manera que la cubrieran bien, y de este modo formó el techo: no faltaba más que una puerta para acabar la obra, y fabricó una, segun el procedimiento que se emplea para hacer las canastillas, y la colgó por medio de dos correas. En el entretanto, Rosa no permanecía inactiva, sino que, levantando contra la pared un altarcito campestre, lo adornaba con una cruz muy grande de carton, que había cubierto con flores y plumas de colores brillantes y variados. Mas tarde, todas las imágenes que pudo procurarse, sirvieron para embellecer este pequeño oratorio. Desde entónces el universo no fué ya nada para ella: esta ermita formaba todas sus delicias y érale un paraíso, así es que allí pasaba todo su tiempo, y se fastidiaba en cualquiera otra parte; tanto, que en la familia habían quedado como proverbio éstas palabras: "Quien quiera encontrar á Rosa, que la busque en el jardin..."

Hasta esta época había dormido en un aposento comun, pero entónces llegó á serle muy pesado este uso; pues estando solitaria durante el dia, quizo estarlo tambien por la noche. En consecuencia, pidió otro aposen-

to á su madre que se lo concedió sin dificultad. Cuando salió Rosa de la edad de la adolescencia, le dijo su madre, que para conformarse á las costumbres, sería necesario en adelante que la acompañase en sus salidas, sobre todo cuando tuviera que visitar á algunas personas respetables. Esta insinuacion hizo estremecer á la jóven que sólo estaba contenta en su ermita; y sentía una extrema repugnancia en manifestarse á las miradas del público. Así es que cada vez que su madre le decía que se dispusiera para salir, le suplicaba que la dejase en la casa y derramaba un torrente de lágrimas. Esta, muy admirada de ver á su hija llorar por unas cosas que á las otras llenan de alegría, condescendía no obstante con sus deseos; empezó una vez, obligada por las conveniencias, á ir á ver á algunas personas de distincion, no pudo resistir á la tentacion de presentarles á su amable hija, y en consecuencia, le dijo: Rosa, hasta ahora me he mostrado muy complaciente; pero hoy es preciso que tú lo seas conmigo: anda á ponerte tus más bellos adornos y vuelve aquí para que salgamos juntas. Rosa recurrió á sus acostumbradas súplicas, y su madre, que conocía su obediencia, le dijo: mira que te lo mando. La jóven se retiró sin replicar una palabra; pero al pasar por frente del hor-

no de la casa, habiendo notado que una piedra de la entrada estaba casi desprendida, la arrancó enteramente, dejándola caer de propósito sobre uno de sus pies, quedándole lastimado de tal suerte que tuvo que guardar la cama en lugar de ir á la ciudad.

Después de la curacion, viendo que su madre estaba decidida á vencer sus oposiciones, imaginó otro estratagemata. Cada vez que recibía una invitacion, se frotaba los ojos con un pimientito del país, muy picante, con el cual se le ponían muy enrojecidos y derramando abundantes lágrimas. En este estado se presentaba al llamamiento de su madre, que se veía obligada á dejarla en la casa. Esta libertad, como se ve, costaba caro á nuestra jóven; pero ella amaba su soledad más que á las niñas de sus ojos, y contaba por nada el dolor que le conservaba las delicias de su retiro. Esta piadosa astucia le salió bien por mucho tiempo, pero el emplearla con tanta frecuencia acabó por hacerla sospechosa á su madre, cuya atencion una vez despertada no tardó en descubrirla. Estaba convenido entre ella y Doña Luisa de Carvajal que harían juntas la peregrinacion á Nuestra Señora de Monserrate, y llevarían á sus hijas consigo. Rosa fué prevenida de esto la víspera del viaje, y recibió la orden de estar pronta á partir el día si-

guiente al amanecer. Cuando llegó el carruaje de Doña Luisa, María de Oliva llamó á su hija, que bajó inmediatamente, pero con los ojos inflamados, al grado que no habría podido sin peligro exponerse al aire ni soportar la luz. Desde luego, el viaje era ya imposible: Doña Luisa convino en ello, manifestó su pesar y partió con su hija Isabel para ir á Nuestra Señora de Monserrate. Despues que se fueron, María de Oliva poniéndose á reflexionar acerca de este mal que llegaba siempre á punto dado todas las veces que se trataba de salir de la casa, sospechó algun estratagema. En consecuencia, fué á buscar á Rosa y se puso á examinar atentamente el estado de sus ojos. Habiendo quedado convencida por este examen de que el mal era harto verdadero, emprendió descubrir su causa. Poniéndose para esto á considerarla muy de cerca, creyó sentir un olor fuerte que reconoció por el del pimiento, acercando más su olfato. A fin de asegurarse que no se engañaba, aplicó tambien la lengua sobre los párpados de la enferma y sintió luego un fuerte ardor, no quedándole ya ninguna duda acerca del origen del mal, y adquiriendo la conviccion de que su hija la engañaba hacia ya mucho tiempo.

Dejo al lector adivinar en que estado de

cólera la puso este descubrimiento. La tempestad fué violenta y acabó por una lluvia de amargos reproches. "¿Qué significan esos fraudes?" dijo á la jóven, ¿qué ventaja sacas de tus insensatas astucias? ¡Qué, para engañar los ojos de tu madre te expones á perder los tuyos! ¿Has olvidado ya el ejemplo de Fernando Pérez, que por un abuso semejante del pimiento y del ajo, se ha quedado enteramente ciego?," La santa jóven respondióle con tanta dulzura como modestia: "Sería mejor para mí el perder la vista, mi buena madre, que el entregar mi corazon al mundo, seducida por el atractivo de sus vanidades.," La madre, admirada de esta generosa respuesta, le permitió que permaneciera encerrada todo cuanto quisiera en la casa, á condicion de que ya no haría uso del pimiento. Rosa fué tanto más sensible á esta complacencia, cuanto ménos la esperaba y dijo á su madre que conservaría por ella un eterno agradecimiento.

El amor de la santa por la soledad era tanto, que no contenta con evitar los paseos y las concurrencias, huía hasta de las procciones públicas, diciendo que aun allí encontraría la ocasion de ver y de ser vista. Este alejamiento del mundo la hizo encontrar muy dulce la libertad concedida por su madre, de no acompañarla ya á las visitas que

hacía fuera de la casa. Preguntóle un día una persona, de dónde podía venirle esta repugnancia, le respondió: ¿"Habrà cosa más fastidiosa que encontrarse con mujeres adornadas como unos ídolos, y cuyos discursos todos no respiran más que vanidad? Y esa etiqueta que es preciso guardar en los salones, y ese cambio de cumplimientos á los cuales debe uno prestarse, ¿no es una insípida ocupacion, ó más bien una insostenible esclavitud? ¡Oh! ¡cuánto más feliz soy estando sola con mi Dios,!" Mas no tardó en conocer que la felicidad no es de este mundo; porque las amigas de su madre no viéndola presentarse ya en sus casas, no pudieron resolverse á sacrificar el placer que les procuraba su presencia. Su dulzura, su modestia, y su afabilidad les venían sin cesar á la memoria y las exitaban á buscar los medios de volver á verla. Las señoras mas ilustres de la ciudad, oyendo hablar sin cesar de las bellas cualidades de Rosa y de su alta virtud, deseaban conocerla, y así es que las visitas vinieron á hacerse más numerosas que nunca. Todas estas señoras venían en apariencia para ver á la madre, pero en realidad era para ver á Rosa; y hubiera sido demasiado inconveniente el rehusar presentarse cuando preguntaban por ella, cosa que tenían buen cuidado de no olvidar. Y en

verdad, fué una desolacion para la santa jóven, el ver que dejando el mundo, no había hecho más que cambiar los salones de los demás por el de sus padres: en efecto, eran las mismas mujeres cuyos adornos, cumplimientos y conversaciones le causaban un disgusto invencible. Verdad es que para complacerla mezclaban algunas palabras piadosas en sus conversaciones; pero esto era tan raras veces y con tanta frialdad, que no se creía compensada con ello del tiempo precioso que le hacían perder. Bien hubiera podido apoderarse de la conversacion y hacerla toda edificante; pero ademas de la inconveniencia, á causa de su poca edad, encontraba más felicidad en vivir con su Dios que en hablar dé El.

Queriendo, pues, á todo precio dejar el mundo, formó un designio sublime que segun todas las apariencias le fué sugerido por el Espíritu Santo. Mas para ponerlo en ejecucion necesitaba el consentimiento de su madre. Fué, pues, á buscarla y le dijo: madre mía, me habeis permitido vivir en soledad y ya no la encuentro en esta casa. Dignaos consentir en que me mande hacer en el fondo del jardin una celdilla capaz de vivir ella, con una ventanilla que deje pasar unos rayos de luz. Para que podais vigilar mis acciones, tendreis la llave de ella, y os

suplicaré no la confieis á nadie: allí pasaré mis días, madre mía, ocupada únicamente en el trabajo y en la oracion, sin que nadie venga á interrumpir mi recogimiento. A fin de conseguir mejor hacerla entrar en sus miras, apoyó este proyecto con unas razones tan sólidas, que era fácil conocer que el cielo se las sugería. No obstante, su madre no quedó convencida, y le dió esta respuesta: nunca permitiré, hija mía, que te entieres viva en semejante sepulcro. Despues de muchas instancias inútiles, no esperando ya Rosa convencer á su madre, recurrió, segun acostumbraba á la Madre de Dios. Sus súplicas fueron vivas, pero llenas de confianza, y no dudó un instante el ser escuchada; mas para adquirir una completa seguridad, atrevióse á pedirle una prenda y la obtuvo de la manera siguiente.

Siendo tan pobre, y despegada de las cosas de la tierra, todo su tesoro consistía en un rosario de coral: y habiéndole venido al pensamiento adornar con él á Nuestra Señora del Rosario, lo llevó al religioso sacristan de la iglesia de Santo Domingo, suplicándole que si podía lo colgara inmediatamente al cuello de la santa Imágen. El religioso se lo prometió, y se fué luego á la iglesia para ejecutar su promesa; mas no habiendo encontrado la escalera, puso el ro-

sario en la sacristía y dejólo olvidado. Habiendo venido Rosa al tercer dia á la capilla, y no viendo el collar que había regalado á la Madre de Dios, fué á buscar al sacristan y le suplicó que ejecutara en seguida su comision, porque de allí dependía el éxito de una peticion que había hecho á la Santísima Virgen. Es preciso que sepais, añadió, que este collar es un lazo por el cual deseo cautivar agradablemente á esta amada Madre, á fin de que alcance de su Hijo el que satisfaga mis deseos, diciéndome una palabra, ó dándome alguna prenda. El religioso no comprendiendo nada de esta exigencia, tomó sin embargo una escala y puso el collar al cuello de la Santa Imágen de María. Algunos dias despues, entrando Rosa en la capilla, vió el collar, no ya en el cuello de la Santísima Virgen, sino en las manos del Niño Jesus. El sacristan, que llegaba á la sazón, quedó muy sorprendido de esta traslacion, porque estaba seguro que ningun religioso había puesto allí la mano. Esto es un milagro, dijo á los asistentes: ¿pero qué es lo que significa? no lo sé. En cuanto á Rosa, comprendiólo muy bien, y apenas podía contener la alegría que penetraba en su alma; porque esta era precisamente la prenda que había pedido del cumpli-

miento de su deseo.

No pudiendo ya dudar del consentimiento de su madre, no le quedaba más que pedirlo ó hacérselo pedir. Este último partido obtuvo la preferencia, y las personas respetables á quienes encargó que abogaran por su causa, no podían dejar de ganarla. Estas fueron el P. Juan de Lorenzana, el contador Don Gonzalo de la Maza y su esposa María de Usátegui. Estos tres amigos de nuestra santa, fueron á ver á su madre el día de la Purificacion, y le suplicaron que accediera á que su hija se mandase hacer una celdilla y no recibiese allí á nadie sin permiso de su confesor. La señora, que hasta entónces había opuesto una resistencia invencible á tan piadoso designio, concedió lo que se le pedía sin hacer ninguna objecion, sin pedir tiempo para reflexionarlo, ni procurar retardar absolutamente esta empresa. Así es como la divina María verificó la señal profética, haciendo ver que Jesus tenía el corazon de la madre debajo su poder, como tenía el rosario de la hija en las manos.

Dejo al pensamiento del lector, cuán feliz hizo á Rosa esta licencia. Dudo que el anciano Simeon estuviese más contento cuando recibió una respuesta favorable al deseo que tenía de no morir sin haber visto á su Salvador. En efecto, mirábase la jóven aho-

ra en una situacion casi semejante; pues dentro de algunos dias iba á entrar en su amado retiro, en donde gozaría en adelante de los castos abrazos de su divino Esposo, que llama á sus amantes á la soledad para hablarles al corazon! El dia parecióle bien largo, porque era ya más tarde para poner manos á la obra; pero al dia siguiente mandaron los obreros, y al ponerse el sol, su ermita estaba concluida. Apresuróse á amueblarla, lo cual quedó hecho muy pronto; porque la pobreza presidió á su adorno. Las tablas que le servían de lecho, una mesa y algunas imágenes constituían todo el mueble: quizá nunca había habido una habitacion más estrecha y más humilde que esta celda: tenía cinco pies de largo, por cuatro de ancho; y sin un rayo de luz que dejaba entrar una ventanilla se la habría tomado seguramente por una sepultura. Habiéndose quejado su confesor en la primera visita que le hizo de la pequeñez de esta morada, respondióle la santa sonriendo: os engañais, padre mio, mi celda está tan grande como se necesita para mi Esposo celestial y para mí, y os aseguro que nos hallaremos aquí cómodamente.

Muy feliz en esta ermita que no habría cambiado por el más bello palacio del mundo, Rosa no piensa más que en vivir de tal suerte que ninguna parte de su tiempo se

pasase sin fruto: todas las horas del día estaban distribuidas entre el trabajo de manos y el santo ejercicio de la oracion; y la mayor parte de las noches estaba consagrada á la contemplacion. Una señora de gran santidad, elevada tambien á la luz contemplativa, la vió una vez bajo la forma de una estrella, cuyos rayos penetraban por las paredes de su celda y derramaban á lo léjos una dulce claridad. Esta vision me trae á la memoria uno de los gustos espirituales de la santa jóven que muchas personas notaron durante su vida, y de lo cual han dado testimonio despues de su muerte. El aspecto del cielo sereno era para ella un delicioso espectáculo, sobre todo durante la noche: aunque no tenía ningunas nociones de astronomía, no era raro el verla aplicada por largas horas á la contemplacion de los astros con una atencion tan dulce, que su cuerpo permanecía en completa inmovilidad; y confesaba que esta prolongada contemplacion alegraba y alimentaba deliciosamente su alma; por lo cual la recomendaba á las almas espirituales como uno de los medios más poderosos de elevarse y unirse con Dios.

Los que conocían el atractivo de Rosa por visitar á Jesucristo en sus templos y asistir al Santo Sacrificio, quedaban sorprendidos de no verla ya aparecer en ellos sino

en los dias en que el precepto la obligaba. Esta predileccion por su soledad les parecía singular y les hacía temer que no fuese engañada por una peligrosa ilusion. ¿Cómo es, le preguntaron un día, que os priveis voluntariamente del consuelo y de las gracias vinculadas al santo Sacrificio? En otro tiempo se os veía allí todos los dias, y ahora no vais más que los domingos? ¿No es esto preferir vuestra satisfaccion al contento que podríais dar á Jesucristo? El amado Jesus se complace en ver al pié de su altar á las almas que le son queridas, y el sacrificio de una hora de soledad bastaría para darle esta satisfaccion. No es por apego á mi retiro, respondió la sierva de Dios, el no ir ya á misa entre semana; sino que mis confesores no quieren que vaya sin mi madre, y á ella le impiden sus ocupaciones el salir. Por lo demás, la bondad divina me hace ver y oír todos los dias muchas misas, sin dejar mi ermita. Admirados sus interlocutores, y deseando saber cómo sucedía esto, la santa les dijo, que por un efecto del poder divino, se hallaba presente de una manera inexplicable, á todas las misas que se celebraban, ya en la iglesia del Espíritu Santo inmediata á su casa, ya en la de San Agustín que estaba muy léjos, añadiendo, que su presencia corporal no hubiera sido más sa-

tisfactoria. No tengo necesidad de decir el gran consuelo que traía á esta vírgen reclusa un favor tan dulce y admirable.

Mas no solamente, sino que le dió Dios á Rosa todavía otra prueba de los atentos cuidados de su Providencia para con ella. Entre los insectos molestos que ejercitan la paciencia del hombre, no hay quizá otros más insoportables que los mosquitos, tanto por sus picaduras tan dolorosas, como por el agudo zumbido de sus alas que sólo bastaría para interrumpir el sueño. Ahora bien, el territorio de Lima hormiguea de estos insectos, sobre todo en los lugares húmedos ó cubiertos de follage; y teniendo este doble inconveniente el lugar donde la sierva de Dios había construido su ermita, estos huéspedes desagradables encontrábanse allí á millares, principalmente al medio dia y al acercarse la noche, llevándoles su instinto á huir como cosas funestas, del calor ardiente y del rocío de la noche. Las paredes de la cabaña de Rosa estaban cubiertas de estos animalitos, y la ventana tambien estaba llena de ellos; sin embargo, ¡cosa admirable nunca penetró ni uno solo en el interior, no queriendo Dios permitir que la turbasen en sus oraciones.

Ahora bien, este milagro no tenía lugar más que para Rosa: pues cuando su madre

venía á visitarla, cuando su confesor ú otras personas piadosas se paraban á su puerta, para gozar de sus celestiales conversaciones, eran asaltados inmediatamente por estos insectos que no les dejaban un momento de reposo; pues tenían que defender continuamente las manos y el rostro, y por poco que se descuidasen eran picados hasta brotar la sangre. Bajo esta plaga de Egipto verdaderamente insoportable, admiraban la inmovilidad de la jóven; mas cuál fué su sorpresa cuando notaron que sus manos y su rostro no tenían ninguna señal de las heridas que hacen estos mosquitos. Un dia le hicieron esta observacion públicamente, y la vírgen sonriendo respondió con agrado: "Al tomar posesion de este domicilio, comprendí que era necesario vivir en buena inteligencia con mis vecinos; así es que hice con ellos un tratado de paz y de alianza al cual permanecemos fieles reciprocamente. Ellos no tratan de perjudicarme, y yo no les hago ningun mal: se ponen á cubierto bajo de mi techo cuando quieren, y en recompensa de este servicio, acompañan con el zumbido de sus alas los cánticos que entono en alabanza del Señor.."

Así sucedía realmente: "vamos, amigos míos, les decía Rosa por la mañana al abrir la puerta y la ventana, cantemos juntos las

alabanzas del Todopoderoso., Inmediatamente, como si hubiesen estado dotados de inteligencia, comenzaban á revolotear y hacían oír el murmullo de sus alas por todo el tiempo que ella estaba cantando; en seguida iban á buscar su alimento. Cuando la noche los traía bajo el techo hospitalario, pedíales un nuevo concierto, que no se hacía esperar, y cesaba tan luego como la santa les decía que fueran á descansar. Tal era el imperio del hombre inocente sobre las criaturas desprovistas de inteligencia, imperio que nuestros pecados nos han hecho perder, pero que Dios vuelve á dar algunas veces á una eminente santidad. Ahora bien, con este título era cómo Rosa gozaba de este privilegio, de suerte que se hallaba en su ermita como en un paraíso.

La hermana Catalina de Santa María, religiosa de la tercera orden de Santo Domingo, visitaba algunas veces á nuestra santa en su soledad, en donde no dejaban de asaltarla los mosquitos. Un dia que sus importunidades la excitaban á la impaciencia, habiéndola picado uno de estos insectos, lo aplastó con la mano. "¿Qué haceis, mi querida hermana? le dijo Rosa admirada. ¡Qué es posible que mateis á mis huéspedes!," No es este el nombre que les conviene, replicó Catalina, porque son enemigos: el que a-

cabo de matar se alimentaba con mi sangre; cómo lo había de dejar? ¿Y por qué nó? le dijo la santa. ¿Podemos rehusar algunas gotas de sangre á este pequeño insecto, cuando el Creador nos alimenta tantas veces con la suya? No volvais á matar á mis mosquitos, y yo os prometo que ya no os perjudicarán, como á mí., Esta promesa tuvo, en efecto, su cumplimiento, porque desde entonces ninguno de estos animalitos volvió á picar á la hermana Catalina. Sucedió casi la misma cosa con la hermana Francisca de Montoya, mientras que conversaba santamente con la jóven, viéndose de repente rodeada de estos insectos, hizo un movimiento de espanto. "No temais, hermana mía, le dijo Rosa, quedareis hoy, libre por tres piquetes que os darán en honor de la Santísima Trinidad, y de hoy en adelante gozareis de la paz que guardan conmigo los mosquitos., La prediccion tuvo su cumplimiento, pues le picaron tres mosquitos, y de allí en adelante no volvieron á hacerle daño alguno.

Habiendo tenido Rosa que dejar su ermita tres años ántes de su muerte, conservó este gusto de la soledad en la casa del contador Don Gonzalo. Puso, pues, en el granero una separacion con unas tablas, y allí pasa-

ba los dias enteros y la mayor parte de la noche, sola con su Dios y enteramente ocupada en la oracion. Ningun visitador podia penetrar en aquel santuario, porque ella tenía cuidado de obstruir las entradas; y no salía de allí sino para ir á pasar algunos dias de tarde en tarde en su antigua cabaña. La soledad era todo su contento. ¿Porqué seré mujer? decía algunas veces á las personas que honraba con su confianza. ¡Ah! si yo fuera hombre, hace mucho tiempo que dejando á Lima y todos los lugares habitados, habria ido á buscar á las montañas una gruta en donde viviría feliz, sola con Dios solo. No podia dársele mayor gusto que hablándole de los solitarios de Egipto. Bastaba pronunciar en su presencia los nombres de la Tebaida y de la Nitria, para inflamar sus deseos y hacerla suspirar de pesar. Dios aprobaba sin duda esta preparacion de su corazon, porque pues sólo por su amor habia querido ella romper toda comunicacion con las criaturas; pero no la llamaba por este otro camino distinto del que hasta entónces habia seguido.

#### CAPÍTULO X.

Admirable alianza de Rosa con Jesucristo, á ejemplo de Santa Catalina de Sena.

Rosa habia leído en la vida de Santa Ca-

talina de Sena, los desposorios de la vírgen seráfica con Jesucristo, y desde entónces deseaba ardientemente obtener una gracia semejante, aunque sin atreverse á pretenderla, porque estaba demasiado persuadida de su indignidad. Verdad es que se necesitan grandes virtudes para merecer un favor tan singular; más Rosa poseía estas virtudes que disponen próximamente á las bodas del Cordero, y constituyen la dote de las esposas del Todopoderoso. Su humildad era profunda y su pureza verdaderamente admirable. Ya hemos hablado más arriba de la primera; digamos aquí lo que sus confesores pensaban de su pureza virginal. Once de ellos habian recibido la confesion de toda su vida, y todos declararon con voz unánime y bajo la fé del juramento, que jamás habia cometido contra esta hermosa virtud ni una sola falta venial. En consecuencia, el Esposo de las vírgenes quiso unirse á ella de la manera maravillosa que admiramos en Santa Catalina de Sena y en algunas almas eminentemente privilegiadas. Pero este grande favor le fué anunciado de antemano por muchos prodigios.

Era muy jóven cuando una mariposa de blanco y negro vino á anunciarle de un modo misterioso el destino que le esperaba, Un dia que trabajaba en la casa, rodeada de al-